

La cabeza de Mary

Mariana Moreira¹

I

Mary tiene la cabeza atravesada. No sabe por qué ni para qué, pero así está, bien pero bien atravesada.

Ella supone que no es algo heredado, porque si de eso se tratara su cabeza se hubiese vuelto un poco cuadrada, lo cual es algo bastante común en los habitantes de su ciudad, así que no le preocuparía, pero lamentablemente ese no es su caso. Tampoco le mencionaron sus padres que en la familia hubiese rastros de algún familiar con esa misma condición. Solo le comentaron una vez de la existencia de un tío lejano, por allá arriba, en una de las ramas lejanas de su árbol genealógico, que tenía la cabeza de forma bastante ovalada. Sus padres no lo recordaban muy bien porque ese pobre estaba loco, y a quienes sufrían de ese tipo de trastornos había que olvidarlos. A esos familiares los enterraban tan profundo como podían en su memoria, no fuera a ser que los vecinos se enteraran por un descuido y cayera toda la familia bajo la lupa de los encargados del departamento *Vida Feliz y Saludable*, siempre atentos a que reinara la salud y la felicidad entre los ciudadanos. Según afirmaban ellos, la locura dista mucho de la felicidad. Bastante tenían ya los tres con tener que presentarse una vez al año para el chequeo de rutina, en donde siempre perdían media hora o más con Mary, para asegurarse que su cabeza atravesada no era el reflejo de una patología contagiosa capaz de poner en peligro a toda la sociedad.

El tiempo pasaba y Mary se iba acostumbrando poco a poco a su cabeza. Había aprendido a manejarla, y ya no se la golpeaba tanto contra los muros de las instituciones, ni contra las mamparas alienantes que protegían a los empleados de los edificios del gobierno, sumamente necesarias, según pudo comprender ella con el tiempo, para marcar la distancia entre quienes trabajaban allí y los que no, no fuera a ser que alguien sufriera un brote de irracionalidad y agrediera a algún trabajador, lo cual implicaría un

1. Mariana Moreira nació en Montevideo, Uruguay, en 1987. Es Profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores Artigas, y estudiante de la Maestría en Ciencias Humanas opción Literatura Latinoamericana. Forma parte, desde el año 2012, del "Grupo de Investigación sobre Literatura Fantástica Uruguay" dirigido por Claudio Paolini e integró la Comisión Organizadora de las cuatro ediciones del Seminario y Coloquio Internacional de Literatura Fantástica (Montevideo, 2014-2017). Hasta el momento solamente publicó algunos trabajos académicos, y reseñas sobre distintas obras, siendo este su primer texto de ficción en ser publicado.

retraso innecesario en la armoniosa labor del edificio entero, y eso había que evitarlo a como diera lugar.

Incluso logró aprender, luego de mucho esfuerzo, a ignorar la extraña forma en la que todos la miraban. La observaban como si fuera un ser de otro planeta, como si realmente no fuera concebible la existencia de ese ser en tan hermosa ciudad. Su cabeza, que a veces se retorció de formas inimaginables y se atravesaba pronunciadamente cuando pensaba en algo que le había llamado la atención, era un espectáculo grotesco para cualquiera que la observara por más de dos segundos. Pero a veces la curiosidad, o el morbo de algunos, era demasiado fuerte como para no quedarse viéndola fijo y emitir algún comentario desagradable o realizar algún gesto en notoria señal de desaprobación.

Evidentemente, su condición la llevó a mantenerse alejada de la mayoría de sus compañeros del colegio, luego de los del instituto, y al continuar avanzando en su vida también se mantuvo alejada de los de la universidad, pues ella era capaz de percibir la incomodidad que estos sentían ante su presencia. En alguna que otra ocasión supo ser invitada por ellos a algún evento de esos que tienden a ser muy populares entre los jóvenes, pero, consciente de su condición, siempre supo excusarse amablemente, sabiendo que eso les aliviaría la tensión y el mal momento al anfitrión y al resto de los invitados. Por esas mismas razones que he dado a conocer, Mary, estaba sola. De todas formas, ella se sentía mejor así, ensimismada en su soledad. Pero con el paso de los años sus padres comenzaron a preocuparse, ya que ella se estaba alejando demasiado de lo que imponían las reglas de la comunidad y, como todos sabemos, el tiempo nunca deja de correr, y a ella ya le quedaba poco para cumplir con sus obligaciones. En algún momento tenía que casarse y traer al menos un hijo al mundo para mantener el equilibrio, porque si este se perdía, ese ser vivo que es la sociedad enfermaría y eso podría provocar su destrucción. Al menos eso era lo que se les inculcaba desde niños a todos: todos los órganos debían reponerse. Pero, cada vez que sus padres le recordaban estas obligaciones su cabeza adquiría la forma de una espiral que se torcía y retorció, formando grandes curvas, y hasta que ellos no cambiaban de tema no volvía a su forma original, o a la que por lo menos ellos ya estaban acostumbrados, atravesada y bien atravesada.

A veces ella intentaba recordar cuándo había comenzado aquel cambio en su cabeza, mientras miraba los hologramas que su padre había recolectado y guardado celosamente durante tantos años, aunque no la ayudaban demasiado. Sin embargo, un día, mientras los miraba, como de costumbre, ya casi sin esperar nada, luego de tanto tiempo de búsquedas infructuosas, logró percatarse de algo que hasta ahora no le había llamado la atención. La presencia, casi como al pasar, de un compañero de clases del primer grado del instituto que sonreía junto a ella fue, esta vez, como un baño de luz en la pieza más oscura de su subconsciente. Ese compañero, con su ínfima presencia en un holograma, era la respuesta. Ante esa imagen, como una ráfaga de viento que se cuela

de pronto por una ventana entornada, comenzaron a llegar a ella los recuerdos relacionados a ese joven que había llegado a su país el año anterior al cierre de fronteras, como parte de un plan de intercambio estudiantil. Él le había hablado, por aquel entonces, durante los recesos, de los interesantes autores que había estudiado en sus tierras; pero también se había tomado el atrevimiento de cuestionar los programas de estudio con los que recién se estaba familiarizando, lo que lo convertía en un completo loco. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a cuestionar los planes de estudios que había aprobado el departamento de *Vida Feliz y Saludable*? Mary trató de no pensar mucho más en ello, incluso trató de hacer como le habían enseñado sus padres: enterrar nuevamente en su memoria el recuerdo de ese pobre loco; no fuera a ser que la llamaran para un control de salud extraordinario.

Luego de cenar y preparar todo lo necesario para el día siguiente fue a su habitación. Las luces se apagaron a las 22:00 en todas las casas de la ciudad, como era habitual, y no se volverían a encender hasta las 6:00. Era hora de dormir, pero esa noche el sueño no llegaba. Su cabeza había comenzado a estirarse y retorcerse sin parar; pensaba en ese chico, aunque más que pensar en él pensaba en sus comentarios sobre los filósofos que había estudiado en su país, sobre lo interesante de leer los clásicos de la literatura, como *Hamlet*, *Prometeo encadenado*, *Utopía* y tantos otros que le había mencionado durante sus encuentros, y que a ella le habían fascinado. Recordó también esa noche que ella había leído algunas cosas que él le había prestado; en especial, su mente se detuvo largo tiempo en aquel libro que se llamaba *Vigilar y castigar*. No se acordaba quién lo había escrito, aunque sí que su padre puso el grito en el cielo cuando ella le contó que lo había leído, y que ese fue el detonante de la prohibición de acercarse nuevamente a ese muchacho. Ella obedeció esa orden a pesar de no entenderla del todo, venía de su padre, y uno no puede desobedecer a la persona que le entrega su amor incondicional, al menos no a esa edad. Hizo un esfuerzo por recordar algo más de esas lecturas, y ahí fue cuando todo se complicó.

Ahora que era mayor las palabras que había evocado cobraban un nuevo sentido; ahora comprendió la locura del chico aquel, y eso le trajo consecuencias. Ella también comenzaba a enloquecer. Todo el esfuerzo que había realizado durante casi toda su vida para lidiar con su cabeza atravesada ahora lo estaba echando por la borda. Su cabeza le pedía con urgencia más información, más conocimiento, la sentía vacía y descubrió que esa no era la primera vez que la sentía así. La respuesta que tanto tiempo había estado buscando estaba ahí, escondida en lo más profundo de sus pensamientos, y en cuanto tuvo conciencia de todo eso su cabeza se le atravesó aún más.

Trató de no pensar más en todo eso y, tras un gran esfuerzo, logró dormirse, pero a la mañana siguiente regresaron todas las ideas. Tenía que hacer algo al respecto,

pero no lograba decidirse a actuar. Si sucumbía ante esa sed insaciable que había logrado acallar durante tanto tiempo ponía en riesgo a su familia, pero si la ignoraba...

Mary se tomó su tiempo para tomar la decisión.

Aprovechando las obligaciones que tenía en su trabajo, de revisar que nadie que no perteneciera a las altas esferas del departamento de *Vida Feliz y Saludable* navegara por la red informática que conectaba con el resto del mundo, logró acceder a algunos archivos antiguos que habían sido descartados por ser previos al cierre de fronteras. Cuidadosamente los copió a su dispositivo personal de entretenimiento, para no dejar ninguna evidencia en su lugar de trabajo, ya que el ordenador del departamento era revisado periódicamente, y ante cualquier indicio de algo fuera de lugar se realizaba un análisis a fondo del usuario. Según los rumores, quienes eran sometidos a él nunca regresaban al trabajo.

Al llegar a su casa evitó dejarse llevar por la ansiedad; no debía levantar ningún tipo de sospechas, sino sus padres se verían obligados a reportar su comportamiento ante el departamento. Esperó algunos días y con la excusa del lanzamiento de un nuevo juego para su dispositivo, el cual era promovido por el departamento, se encerró en su habitación y comenzó a revisar los archivos de forma minuciosa, saboreando todos y cada uno de los bits que los componían. Cada palabra nueva, cada concepto en ellos encerrado y que ella procesaba, iba provocando, al principio de forma casi imperceptible, un nuevo cambio en la forma de su cabeza; ahora se expandía, su tamaño aumentaba y su estructura se volvía mucho más compleja.

II

José rebozaba de felicidad. Desde que Laura le había anunciado que sería papá, no había nada que pudiera quitarle la sonrisa de su rostro. Incluso los informes más terribles de la crisis que enfrentaba su país le eran irrelevantes. Confiaba ciegamente en su partido, y sabía que este ganaría las próximas elecciones. Qué más podía pedir... Para cuando naciera su pequeña, todo estaría en orden en la ciudad, y podría estar tranquilo para disfrutar de esa nueva etapa.

Cuando Mary llegó al mundo recién había asumido el nuevo gobierno. Cuánta dicha sentía este pobre hombre que no se imaginaba lo que iba a ocurrir.

El nuevo tiempo comenzó a transcurrir y comenzaron las reformas en la organización del Estado. Lentamente se fueron modificando las pautas de convivencia, los planes de estudios, comenzaron a prohibir algunas lecturas y a censurar algunas formas de pensar no muy felices. Todo esto muy bien justificado por el recientemente creado departamento de *Vida Feliz y Saludable*.

Esto sucedió cuando Mary tenía apenas tres años; esa fue la última vez que José recordaba haber estado realmente alegre disfrutando de la compañía de su mujer, su hija y su madre. En cambio, la abuela Tina no pudo evitar mostrar su desagrado y desaprobación ante esos cambios; ella sentía que detrás del discurso que pregonaba el gobierno se escondía realmente algo perverso, algo que en lugar de llevar a la humanidad a un verdadero desarrollo la sumiría en un letargo tal que le impediría rebelarse ante los excesos de la clase dominante. Ella había observado que lo que había comenzado con este partido era puramente un adoctrinamiento ciego, cuyo punto culminante sería la erradicación del pensamiento crítico y el cuestionamiento de la realidad circundante, y esto, en definitiva, inevitablemente devendría en la aceptación total, en la promoción y la defensa de un modelo totalitario. Lamentablemente, para cuando logró percatarse de todo esto ya era demasiado tarde, pues los engranajes para cuadricular a la población ya se habían puesto en marcha desde la sutileza de los medios de comunicación.

Lo que más le dolía a la abuela Tina, luego de haber deducido todo esto, era saber que su hijo había sido hechizado por los discursos del partido, y lo peor de todo era que los pregonaba sin pensar. Incluso, ante los cuestionamientos que su propia madre le hacía, era incapaz de razonar lo que reproducía; así, cuando su madre comenzaba a presentarle sus argumentos, él, enojado, terminaba bruscamente la discusión. Ella, en cambio, no se resignaba, luchaba desde donde podía, con la esperanza de que al menos su nieta algún día pudiera tener la libertad de pensar por sí misma.

No pasó mucho tiempo de esto cuando José, luego de una acalorada discusión con su madre, no soportó más el escucharla y se dirigió a una de las oficinas de *Vida Feliz y Saludable*. Apenas unas horas más tarde de hacer la denuncia, los agentes se habían hecho presentes en el domicilio de José, pero la abuela Tina ya no estaba allí, se las había arreglado para conseguir asilo del otro lado del muro y, desde ese día, que quedó grabado a fuego en su memoria, él no volvió a saber nada de su madre. Tras este hecho, él debería haberla borrado de su memoria, como lo establecía el protocolo, pero no pudo hacerlo. A pesar de que para su mujer y su hija la abuela Tina había muerto cuando Mary era apenas una pequeña niña, él sabía que no era así, y, tan solo cuando observó que su hija comenzaba a parecerse a ella comprendió el error que había cometido. El único consuelo que le quedaba ahora era saber que su madre estaba a salvo en algún lugar desde donde podía expresar libremente su pensamiento.

A medida que Mary iba creciendo se hacía cada vez más evidente la similitud entre su cabeza y la de la abuela Tina. Esto no pasaba desapercibido para José, quién contemplaba en silencio el esfuerzo que su pequeña ponía para disimular su particular cabeza no cuadrada. Pero las miradas de desprecio que ella recibía solo hacían más evidente la situación, y él, sin dejar que nadie sospechara, había comenzado a preocuparse, pues no quería perder aquello que significaba para él más que cualquier otra cosa en el mundo, y

que era incluso más importante que el partido. Sin embargo, hacía unos días todo había comenzado a volverse más complicado... La mirada de su hija querida ahora lo esquivaba, y el aumento a pasos agigantados del tamaño de la cabeza de la joven impedía que esta continuara pasando desapercibida para el departamento y el partido. Era momento de decidirse y José sabía qué futuro no quería para su niña. Había escuchado varias historias sobre lo que les ocurría a aquellos que se atrevían a sobresalir de lo establecido, y la sola idea de que Mary lo sufriera le helaba la sangre.

Supo en ese momento que solo había una alternativa.

Debía buscar la forma para que ella atravesara el muro.

III

La cena estaba lista a la hora habitual, pero Mary no había bajado aún al comedor. Ante tan inusual comportamiento, su madre, extrañada, le solicitó a su esposo que fuera en busca de su hija. Mary estaba completamente embriagada con tanta nueva información; tanto que no pudo darse cuenta de que había pasado más tiempo del debido frente a su dispositivo y José, que había estado atento a los movimientos de su hija los últimos días, subió lentamente la escalera, evitando hacer cualquier sonido, para así poder confirmar al fin aquello que intuía.

Ya frente a la puerta del dormitorio, la abrió cuidadosamente, y atónito observó los extraños movimientos que realizaba aquella cabeza: parecían emular una danza antigua, mientras los ojos de la joven parecían desencajarse de sus órbitas, al beber aquellas palabras que surgían como una fuente de luz en la pantalla holográfica. El hombre quedó tan impresionado ante el extraño y hermoso espectáculo que no pudo contener el aliento delator de su presencia, el cual desfiguró el rostro de su hija al verse descubierta en esa situación. El padre, tratando de mantener la calma por el bien de ambos, solamente atinó a llevarse el dedo índice a los labios para indicarle que no dijera nada. Luego le guiñó un ojo, se acercó y le susurró que simulara normalidad, que luego hablarían, y, para no levantar sospechas, le indicó en voz alta que bajara a cenar. Su hija, con los ojos cargados de lágrimas, asintió, evitando con el mayor esfuerzo posible que alguna de ellas se le escapara. Por un momento, a él le pareció verla tan pequeña como aquella vez en la que, jugando, se había raspado la rodilla y en un llanto ahogado clamaba por su padre. El corazón se estremeció en su pecho al verla tan indefensa. Debía acelerar las cosas para ayudarla, lo antes posible...

La cena transcurrió más silenciosa que de costumbre. A las 20:30 ya se habían retirado de la mesa, y se disponían a sentarse frente al holotransmisor para informarse

de las buenas nuevas que anunciaba diariamente el departamento de *Vida Feliz y Saludable*.

Ambos intentaron verse lo más normales posible, a pesar de que sus pensamientos divagaban en qué podrían hacer luego del terrible momento que habían protagonizado, pues si algo tenían muy en claro los dos era que mamá no debía verse envuelta en esa situación.

José no temía por lo que le pasara a él, pero sí por lo que pudiera sucederle a la mujer que le había regalado lo mejor de sí durante tantos años, hecho que lo obligaba a tener que apresurarse a encontrar una solución. En dos semanas se llevaría a cabo el chequeo anual de la familia, y la condición de Mary ya no sería sostenible por mucho tiempo más; si él se había dado cuenta tan rápidamente, alguien más podría hacerlo, especialmente en el lugar donde su hija trabajaba.

Luego de pensar profundamente qué hacer, se dirigió a su escritorio y sacó de un cajón celosamente cerrado con llave unos instrumentos que guardaba desde hacía años; los había heredado de su abuelo y eran considerados unas verdaderas reliquias. Los había utilizado el anciano durante su niñez, cuando todavía se estaba llevando a cabo la revolución digital y los jóvenes de clase media y baja debían valerse de ellos para registrar información en hojas de papel, elementos ambos que habían sido quitados de circulación desde hacía tiempo por atentar contra la naturaleza. Trató de recordar cómo se usaban y, con su mano trémula, logró garabatear un pequeño mensaje para su hija, que luego depositó debajo de la almohada de su cama, junto a un pequeño block de hojas amarillentas y un lápiz. Esto les permitiría mantenerse en contacto, sin ser detectados por los grandes programas informáticos que diariamente chequeaban todas las comunicaciones llevadas a cabo a través de los dispositivos individuales que poseía cada uno de los habitantes; aunque, aún así, implicaba un gran riesgo. Respiró profundamente antes de salir de la habitación y trató de confiar en el buen criterio de su hija.

IV

Mary se retiró a su habitación, aún en shock por lo sucedido unas horas atrás, pero con el corazón tranquilo, gracias a la mirada cómplice de su padre. A ella también le había caído terriblemente mal el recordar la fecha del examen anual, pues sabía que su actual condición sería fácilmente detectable, incluso por los funcionarios más novatos, principalmente porque si algo había cambiado radicalmente en ella era la forma en la que concebía ahora al partido, al departamento de *Vida Feliz y Saludable*, y toda la sarta de engaños con los que este tenía sumida a la población. Ya no le era posible simular, como tanto había practicado toda su vida, el amor que se suponía debía sentir por todo ello. Tenía que buscar la forma de cruzar la frontera, ese gran muro metálico que se había des-

plegado desde hacía tanto tiempo para separar a los habitantes de las nocivas ideas del exterior; esa era la única solución viable. Según lo que había leído, allí, de ese otro lado, su cabeza podría desarrollarse libremente, y podría disfrutar de expresar su pensamiento y conocer a otros como ella, ansiosos de saciar ese vacío.

Unos minutos más tarde recostó su cabeza en la almohada y sintió algo que la incomodó. Extrañada de lo acontecido, la revisó y se encontró con que debajo de ella yacía una nota firmada por su padre, en donde se exponían las ideas que tenía para ayudarla. Padre e hija tenían la misma solución en mente, debía abandonar ese lugar; él se encargaría de eso, ella simplemente debía confiar en él y actuar de la forma menos llamativa posible. Pero lo que más la emocionó de todo aquello que su padre había escrito era la confesión de que su abuela estaba viva del otro lado del muro, y que, como ahora ella, se había visto obligada a abandonarlo todo para no renunciar a su existencia y a sus ideales. En cierta forma, la historia se repetía, aunque la ilusión del reencuentro que acababa de anidar en su pecho le daba a Mary fuerzas y buenos augurios para su empresa. Con dificultad dibujó algunos caracteres a modo de respuesta, los guardó en una de sus medias y, por primera vez en mucho tiempo, logró conciliar el más dulce de los sueños. Allí, en ese lugar onírico, se vio a sí misma gozando de la belleza seductora del conocimiento que su inconsciente había creado sobre ese mundo otro, extra frontera y sin fronteras, en el que bailó al compás de sonidos prohibidos hasta que las luces se encendieron en el interior de su habitación.

Un nuevo día había llegado, y con él el tiempo se hacía cada vez más corto para escapar. Luego de verificar que sus padres no se encontraban en el dormitorio matrimonial, se inmiscuyó en él y dejó la nota dentro del zapato de su padre. Suspiró, tragó saliva y bajó al comedor, intentando verse lo menos llamativa posible.

Pasaron un par de días y Mary se impacientaba. Su padre no había dejado ningún mensaje, incluso no lo había visto mucho, últimamente, de modo que ella no sabía cómo interpretar realmente esa situación. Su cabeza comenzaba nuevamente a espiralarse, al verse obligada a resistir la tentación de continuar con sus lecturas, pero también al pensar en que tal vez su padre pudiera llegar a traicionarla, y aún más, cuando caía en la cuenta de que para ella la arena del reloj se escapaba más rápido de lo que deseaba. Apenas le quedaba poco más de una semana para escapar de allí. Todos estos pensamientos se mezclaban y golpeaban dentro de su cabeza, dándole, en ocasiones un aspecto tan grotesco que en cualquier momento podrían llamar a su puerta los esbirros del departamento- Tenía que controlarse, tenía que tranquilizarse y confiar; no le quedaba otra alternativa.

Al llegar la séptima noche, finalmente recibió su tan anhelada respuesta.

En una nueva nota, su padre le decía que se preparara para partir dentro de dos días, que estaba todo pronto, y que fuera muy cuidadosa porque no habría otra oportunidad.

V

Partieron luego de que Mary regresó del trabajo. Ella se despidió de su madre, forzando una sonrisa, mientras terminaba de cerrar la pequeña mochila que había preparado para la ocasión. Se subió al vehículo de su padre, iniciaron la marcha y durante unos minutos ambos contuvieron sus palabras. Se bajaron frente a un modesto establecimiento de comidas para no despertar sospechas y entraron a tomar una bebida caliente. Allí, el ambiente que se había creado en la mesa que ocuparon tenía el aire de la última cena, donde convivían la muerte de aquel Cristo que mencionaban las antiguas escrituras, y que la joven leyó tiempo atrás, y su resurrección. Su mente divagaba. Por momentos intentaba aferrarse a esa última imagen del Cristo resucitado, y volverse una con ella, pero su corazón no le dejaba olvidar esa otra, la de aquel cuerpo mutilado en la cruz... Durante esos breves momentos, los sentimientos de alegría y tristeza se abrazaron fuertemente en su pecho, y lo mismo ocurrió en las entrañas de su progenitor.

En calmo silencio retomaron la marcha.

Luego de unas horas de viaje hacia su destino, mientras dejaban atrás la ciudad y se adentraban a los campos de cultivo donde las cámaras se encontraban más espaciadas, José le dio a conocer a su hija los detalles del plan de escape. La única forma viable que había encontrado de atravesar aquel muro impenetrable, de forma segura y sencilla, era a través del vertedero por el cual se desechaban los residuos que eran imposibles de reciclar. Estos, que lo único que podrían hacer dentro de aquel pulcro lugar era estropear la vista de los habitantes, eran expulsados lejos de ese lugar por un gran tubo varios kilómetros, por lo que Mary estaría segura al momento de salir de la gran envoltura que la recubriría durante el paseo.

A cambio de sus reservas de alcohol y una jugosa transferencia de dinero –los ahorros de toda su vida–, el hombre había conseguido la mejor ruta de escape para su hija. Eso, al lado de lo que valía ella para él, era nada, absolutamente nada en comparación a la vida de su pequeña, pero tampoco quería que ella supiera ese detalle.

Cuando estaban llegando a su destino, José le alcanzó una gran bolsa negra en la que se encontraba un traje muy similar a los que utilizan en los parques de entretenimiento de temática invernal, y un casco enorme para su gran cabeza, parecido a los que usan los trabajadores que mantienen en pie el muro, aunque de hechura evidentemente casera, pues conseguir uno que se ajustara a tan extraño cráneo era imposible. Enseguida ella comprendió que debía ponérselos cuando llegaran a su destino.

El viaje de padre e hija estaba llegando a su fin.

Ambos se bajaron del coche y caminaron hacia un gran elevador. Nadie los detuvo en el camino; José también se había encargado de eso. Lentamente subieron en ese

monstruo metálico que los trasladó hasta una enorme plataforma donde se despachaban las grandes unidades de desperdicio. Al llegar allí, Mary comprendió que era momento de estrenar su nuevo atuendo. Se despidió de su padre antes de cerrar el casco y él la ayudó a introducirse dentro de una de aquellas bolsas enormes de residuos en donde realizaría el último tramo de su viaje a la libertad.

La bolsa, cubierta de un líquido repugnante que le permitía deslizarse dentro del tubo con facilidad y evitaba que se estancara, desapareció en un instante frente a los ojos empapados de José. Dentro de ella, Mary pudo sentir la velocidad con la que esta se desplazaba, y eso le había provocado un gran mareo; pero solo debía soportar un poco más, tan solo un poco más hasta que se detuviera. El último tramo de su viaje se sintió como una eternidad, quería salir de allí cuanto antes.

Finalmente, luego de un gran golpe, se detuvo. Invadida por la adrenalina y la felicidad de haber podido abandonar aquella cosa, que ahora despreciaba, desgarraba ansiosa el contenedor. Mary, como aquel Cristo que había resucitado, como ave que rompe el cascarón que la contiene para descubrir su nuevo mundo, se erguía luminosa y celestial, rodeada de aquellos residuos, bajo la blanca luz de la luna. Sus miembros necesitaron de unos momentos para reponerse de todo aquello, y sus ojos debieron acostumbrarse a la claridad que la envolvía. Cuando finalmente pudo desplazar su mirada en derredor, el frío avasalló su corazón y sus lágrimas cayeron incontenibles ante aquel dolor. Todo lo que la rodeaba eran sombras, desechos, animales salvajes y esqueletos humanos. La abuela Tina no estaba allí, y a lo lejos tan solo se divisaban las ruinas de lo que alguna vez había producido el hombre. Todo lo que había soñado encontrar del otro lado del muro no era más que una ilusión creada por su propia cabeza y, al reconocerlo, la maldijo con todas sus fuerzas, hasta que sus piernas se derrumbaron, acompañando un grito desgarrador que encendió en las fieras de aquel vertedero su instinto salvaje. Por un momento pensó en su padre y en los sacrificios que él había realizado por ella, en su madre... Dolorida, asumiendo que ya no quedaba nada por lo que luchar, sin oponer resistencia alguna a la horda, entregó su cuerpo y su ridícula cabeza a aquellas fieras hambrientas, que mutilaron su carne y trituraron sus huesos entre las sombras escondidas detrás del muro.